

XXXV FESTIVAL NACIONAL DE EXALTACIÓN DEL BOTILLO.- BEMBIBRE

EL JOVEN QUE LEÍA

“EL SEÑOR DE BEMBIBRE”

PSEUDÓNIMO: ADOLFO VALCARCE

La tía Serafina quemaba las penúltimas luces de sus cansados ojos en el llar. Se sentía vieja y abrumada por aquella estrepitosa invasión que nunca llegaría a entender por más que viviese. “Hay pueblos que saben a desdicha”, decía con su boca diminuta oscureciéndose en el humo rampante que todavía no advertía un futuro insalvable de ardientes y negras escombreras. Sin duda todos ignoraban el alcance de aquella frase entre atractiva y enigmática, o ambas cosas a un tiempo. Sólo ella, inmersa en un silencio sagrado que caía sobare su alma de azúcar como el más doloroso de los recuerdos conocía su verdadero alcance. Hacía mucho que vivía apegada a Percherón, sin sus crines trenzadas, como en los días plácidos y felices donde las nubes desembocaban en un rojo grosella, el cual estaba más para la otra que para ésta. Ambos habían compartido el verdor de los castaños, el rumor de la sementera, arrobos de madrugones y la nube zigzagueante de las abejas en las lilas. Ambos habían visto crecer el pan en los “eiros” de las Rubiales, el Pallar y las “chanas” de Sésamo y San Pedro. Ambos llevaban en los ojos otoños de nabos, uvas, repollos y alcacer, además del adiós pesaroso de los rebaños de la vecera. Ambos habían desconocido la prontitud de los dos enormes perros que dormían en el campanario de la iglesia para defender el ganado de los lobos. Ambos acompañaban las horas solitarias en aquel destartado caserón en medio de tan larga posguerra.

Recordaba ahora, en la tarde, *“Era la tarde purísima y templada, y la brisa que discurre entre los árboles apenas arrancaba un leve susurro de sus hojas. El sol se acercaba al ocaso por entre las nubes de variados matices, y bañaba las colinas cercanas”* con los últimos rayos de un sol radiante, sentado en la rareza de una piedra granítica, Andrés Cariseda mientras rebullía una lagartija despistada en el reguero de los Barracones, alegre, un pardal daba saltitos en uno de sus bordes, una mariposa mareada proveniente de un matorral menudo caía sobare sus largos cabellos retirados hacia atrás y una topera se hacía enormemente cercana a la mirada almíbar de Leuka, su inseparable perra, rescatada de un espeso abandono o pérdida entre las urces de la Jarrina o de Valdesalguedo. Todo casi a la par que venía a su mente que, rememorando a no se sabe quién, solía anunciar: “Quien bien está no se mude, que en todas partes hay dos leguas de mal quebranto”. Eso y que en Nochebuena debía dejarse el fuego encendido para que viniesen los ángeles a calentarse y a ser posible un puñado de castañas asadas, como las del magosto, para su alimento, sin darse cuenta que ella, diminuta, con palabras esmaltadas de cercanía siempre, entre amapolas y té de campo era el mejor ángel sumido en la pobreza física, que no moral.

Tiene usted razón, señor cura. Las uvas de Fabero son un tanto ácidas. Las de El Bierzo (cuando hablaba de El Bierzo parecía referirse a otras latitudes, algo así como les acontecía a las mujeres de la calle de Otero, o

mejor, a las de todo el entorno del pozo Vertical, que decían ir a comprar a Fabero cuando en realidad se trataba del barrio de la plaza) saben, saben... Como le diría yo, mucho mejor.

Ciertamente, la tía Serafina había plantado una viña de mencia en vida de Lorenzo, su marido, en la Pedrera y los resultados no fueron óptimos. Pues a la elevada acidez y escasez productora se añadía el hecho de que el vino resultante se avinagraba con demasiada antelación a la llegada de la primavera. Por eso, además de otras razones, repetía muy a menudo lo de "Hay pueblos que saben a desdicha". A pesar de todo, ella, que carecía de grandes aspiraciones porque sabía del gozo del alma en la lluvia del estío, porque miraba a los demás antes que a sí misma, porque en sus labios recocidos por tantas helada había una sonrisa con sabor a pan y a aceite, porque desde el escozor y más de su corazón rezaba, tantas veces sin entrar en parada, largamente, con fervor, a cualquier hora, "*Y cogiendo a doña Blanca, atónita y turbada, de la mano, la llevó delante de una imagen de la Virgen y, arrodillándose con ella empezó a rezar la Salve en voz baja pero con el mayor fervor*" esperaba, esperaba... Pese a todo, después de todo, por todo. Día y noche.

Y sin darse cuenta Andrés Cariseda entrón en la noche, en la noche en que un acordeón de estrellas no se separaba de su mirada; en la noche en que encender un fósforo era despertar a los campos sobre la tumba del trigo; en la noche que le condujo a aquella otra noche engendradora de guiños, cuando entre las piedras brotaban geranios y una dulce, dulcísima voz antigua de la sangre se detenía en el portón de los recuerdos, bajo el cielo de agosto, con Percherón dormido sobre el salobre caramelo del eco, apenas unos brazos recentales revolvían la duna amarilla que emergía caliente de unos pañales de lino casero, y más tarde:

- Sabes, estoy contigo igual que un olor al que no puedes decir adiós, lo mismo que un viento que cae sobre el poniente mientras acaricia tu frente fatigada. Estoy contigo. Lo estaré siempre. Un esposo debe compartir... Lo que Dios ha unido... Su desdicha nos fortalecerá. Haremos causa común, porque su causa es noble, justa como ninguna. No te apene su decisión. ¡Ojalá, yo tuviese idéntica valentía! ¡Oh!, infame posguerra, ¿por cuánto? Vamos««««««, ¿por cuánto?

-Tú lo has visto aquella mañana, tan hermosote, tan viril, con el ceño fruncido, alertado por el grito de la codorniz oculta, con el gesto campesino apresurándose. Él lo sabía, lo sabía, lo supo antes que las colinas desgranasen los puntos de luz sobre el aullido de la perra. Por eso huyó tan de madrugada entre los mechones desnudos de las zarzas. "Os recordaré siempre, siempre. Pero ahora he de irme. Cerrad vuestro silencio a cal y canto "*En cuanto llegó a la margen del arroyo encomendó el silencio a sus compañeros, y apretando el paso, poco tardaron en llegar a los barrancos de las Médulas*" hasta que regrese. Porque he de regresar, sí. Os lo prometo. Esta dramática peripecia no me tragará. ¡Nunca! Como lo oís. No cedáis al miedo, ni siquiera a la tortura. Regresaré, sí, sin el espíritu molido, con la indescriptible alegría del triunfo grande e imperecedero. Entonces... Entonces..."

-Creo que no debíamos. El corazón, paf, paf, igual que entonces, que aquel otoño. "*El otoño había sucedido a las galas de la primavera y a las canículas del verano, y tendía ya su manto de diversos colores por entre las*

arboledas, montes y viñedos del Bierzo. Comenzaban a volar las hojas de los árboles: las golondrinas se juntaban para buscar otras regiones más templadas, y las cigüeñas, describiendo círculos alrededor de las torres en que había hecho sus nidos, se preparan también para su viaje. El cielo estaba cubierto de nubes pardas y delgadas por medio de las cuales se abría paso de cuando en cuando un rayo de sol tibio” “Tengo que marcharme ya. Esto es lo peor de todo. La prueba a la que Dios nos somete. El monte. El monte emborronará mi figura”.

- Como me gusta pensar en él, en le preciso y precioso instante en que nos hizo partícipes de lo que rebullía en su interior desde tiempo atrás: “Con la verdad por delante se llega a todas partes, insisto. Algún día habrá quienes lamenten tan brutal agresión; sí, aquellos que han provocado este alud de sangre inocente”. En ese momento sentí que la paternidad me había conmovido tal una tierra resplandeciente de sembrados y me sentí orgulloso, muy orgullosos.

- Aún lo estoy viendo en la garita del establo. La “Pulida” y la “Palomba”, con los terneros a punto de ser vendidos en la feria de El Espino, cómplices, sin resollar. Su cuerpo furtivo. Su rubio pelo espesado por un persistente abandono igual que su barba. “Por listo que sea, ¡qué puede dar de sí el hijo de un campesino pobre?”. “Para que una nación marche el hombre ha de ser libre por los cuatro costados, lo mismo que los cachones del Cúa, *“Por risueños puntos de vista que ofrezcan las orillas del Cúa y del Sil fuerza es confesar que la calma, bonanza y plácido sosiego del lago de Carucedo no tiene igual tal vez en el antiguo reino de León”* lo mismo que la gracia volandera y musical de los jilgueros en el prado de Higinió. Únicamente así la vida será justa y generosa”.

Y sin darse cuenta Andrés Cariseda, olvidado del reloj, del miedo bajo la camisa y el pantalón, no obstante la noche, la noche y la soledad del monte, proseguía inmerso en sus pensamientos con ternura, detalloso, queriendo parecerse, por cada día, por cada hora, por cada minuto resignación y memoria, esperanza y llaga abierta, cansancio y desventura, soledad y tristeza a aquel ángel sumido en la pobreza...

... Y la topó en la amanecida, cansada, como si entreviera que sus días estaban contados. Saliendo al corral, mirando con la longitud ilimitada de la imaginación a su prado en la Reguera. Su prado que ya no estaba allí, donde años atrás. Pero ella podía verlo por encima del tiempo, por encima de la reverberación del sol en el robledal, por suponer el esplendor hasta que un día unos hombres con voz muy de otras tierras, unos hombres que no conocían la pana ni la boina sino que vestían traje y camisa de cuello duro, con palabras llenas de fingida simpatía y generosidad, le ofertaron mil reales. Pero ella no quería, no aceptaba a ningún precio. Y ellos insistían una y otra vez. Y ella erre que erre, inamovible, en sus trece hasta que harta les gritó, casi insultante, indignada, incontenible, y abofetearía si le fuese posible a aquellos almíbares

infectos, a aquellos refinados que sin contemplación alguna precisaron al instante: “No quiere vender, ¿verdad? Pues no se preocupe. Usted se lo pierde. ¡Expropiación, e-x-p-r-o-p-i-a-c-i-ó-n! El que no quiere caldo, dos platos”.

Luego, antes, después, el silencio. Un silencio largo, casi de siglos... *“Doña Beatriz volvía a su silencio”*. En sus prolongados silencios la tía Serafina y Percherón miraban las Linares. Aquello sí que era fértil. Los pimientos a montones, los tomates grandes por demás, los repollos de asa de cántaro así como las lechugas tiernas y nada escasas, las cebollas con más capas que volantes aquel vestido de gitana que había visto en un escaparate de la Gran Vía madrileña cuando acudió requerida por una tía enferma. “Esto también desaparecerá –musitaba-. Se lo llevarán lo mismo que el prado de la Reguera, sin miramientos, como hicieron con Lorenzo... Son los mismos perros con distintos...”. “No tenéis derecho. ¡ No podéis!”. “¡ Calla, hijo de puta!... ¡Mal nacido! ¡Habrase visto el maricón! Como lo oyes, las pruebas son contundentes”. “Yo no sé nada. Se marchó sin despegar la boca”. “Habla, ¿qué os dijo? ¿Di, dónde está, dónde se esconde? Desembucha o te cortamos la lengua. Si no lo encontramos antes de la amanecida pagarás con tu pellejo, ¡hijo de!... todos estos mal nacidos son iguales. A la hora de la verdad sólo saben lloriquear, arrastrase por el suelo babeándose de miedo. Derechos... ¿qué son los derechos, di? ¡Toma cabrón! Esto para que sepas lo que es bueno. Y deja de llorar como una mujerzuela. ¡Me das asco! ¡Me estomagas! ¡Me revientas! ¿Dónde se esconde, di? ¿Dónde, miserable? Te vamos a abrir en canal si no cantas. Los cerdos como tú no merecen vivir” “Por el amor de Dios, déjenlo. Basta ya, ¡por favor! –dijo ella con los ojos abarrotados de pavor”. “Calla tú, ¡indecente alcahueta! Hasta ahora te has librado por ser mujer. Pero se acabaron los miramientos. Se acabaron, métetelo en la cabeza. Primero él. Para él el honor de la primacía. Y si nada... puedes imaginártelo. ¡No, no os esfumaréis impunemente! Aquí estamos nosotros para impedirlo, para impedirlo –amenazaba el más alto y malencarado de los dos mientras se le caía el tricornio del ímpetu con que le....

cuerpo, sin embargo no se inmutó. Pues se hallaba tan acostumbrada a sus dengues y achaques que hasta llegaba a olvidarlos. Pero, de forma inexplicable, ya de nuevo en el interior de la iglesia, cuando se entonaba el Agnus Dei, cargada de lutos perennes, se echó a andar a grandes trancos para llegar lo antes posible a casa. Bueno, lo de grandes trancos es un decir. A su edad... Lo reseñable es que enseguida vino a su mente lo de "Hay pueblos que saben a desdicha", esta vez con especial resonancia y que durante el camino a la vez que mascullaba ideas de muerte un conocidísimo aire de violencia se instalaba en su diminuta cabeza: Percherón había sido despachado a la otra vida (los equinos también son auxiliados con otra vida) con la caída de las primeras lluvias el año anterior, el cielo muy a menudo era una nube oscura, el prado de la Reguera constituía una ausencia insondable, el aullido de las ambulancias camino del pozo Julia, la Jarrina o la Pedrera le perforaban los tímpanos, Lorenzo y Juan, Lorenzo y Juan...

... Lorenzo y Juan la reclamaban fidelísimamente para compartir otras vivencias más reconfortables. Y se dieron cita lejos, muy lejos del olor a carbón y a crímenes... Y acudió rauda, veloz al encuentro aquel jueves lluvioso y frío, no importa el año, sin haber contemplado el aluvión de escombreras escupiendo polvo negro, de camiones sembrando islán, según unos, carbonilla, para otros y de cielos abiertos en vida. Se marchó cuando el "busín" transportaba a los mineros, cuando al pueblo sólo arribaba un coche de línea por la mañana y otro al atardecer, con el estómago engarrñado por el hambre, cuando en los lavaderos de la Raicina y del Cuartel se alumbraba con un candil de carburo que descendía a la mina, en verano, sí, aunque por la vacilación del sol en los castaños, *"Las tórtolas arrullaban entre los castaños, y el murmullo del Cúa tenía un no sé qué de vago y adormecido que inclinaba el alma a la meditación. Difícil era mirar sin enternecimiento aquella escena sosegada y melancólica"* la puesta en marcha de gruesos jerseys avanzada la tarde y la perceptible prisa de la noche por subyugar el día, parecía estar ansioso por ceder paso al otoño.

-¡Al fin vio cumplido su último deseo! –exclamó en voz alta, sorprendiéndose a sí mismo Andrés Carisea, escuchador distante y próximo de Pura Terrón, la tía Pura, su abuela paterna, además de maestra bastante duradera en una escuela llena de serias humedades y mayores vigilancias a dos pasos de Bembibre, *"Don Álvaro era el apoyo más firme de los templarios en el reino de León, y el más ardiente y poderoso de sus aliados. Aunque su castillo de bembibre estaba guarnecido por los soldados de la Orden, claro estaba que sí moría su dueño, habrían de desocuparlo, de todos modos los vasallos de la casa de Yáñez no tardarían en apartarse de sus banderas"* quien salvo aquel tiempo en que se vestía de arraigada soledad y trituraba el miedo sólo con el sueño, pese a que con logrado disimulo solía acudir a "los actos de afirmación" convocados, además de tener siempre a mano la fe de bautismo y una imagen sepia de la primera comunión, vivió siempre pared por medio de la tía Serafina:

“La pobre ardía en deseos de reencontrarse con los suyos, pero debía aguardar a que el Creador determinase el momento oportuno. De manera que dedicaba buena parte de su tiempo, por no decir la mayoría, a suplicarle que la llevase pronto. Total, aquí, solía comentar ella, nada tenía que hacer ya. Lo admirable de la tía Serafina era que tras tan larga, dura y penosa situación, pegada sin remedio a esa libreta de Juan que te entregué y que tú desde el primer instante con tanto interés lees y relees, desconocía la mordedura del odio, incluso la del rencor. No sabes cuánto la quería y admiraba yo. Créeme, me gustaría muchísimo seguir teniéndola de vecina, poder conversar con ella a diario. Por eso déjame que le diga: amiga Serafina, me consta que al volver de nuevo los ojos sobre Lorenzo y Juan te has echado a reír plácidamente, como también que has olvidado ésta, pero si aún existe en ti un mínimo de curiosidad por todo lo que el tiempo no ha enterrado, te comunico que ahora las madres alimentan a los niños con “potitos” y los coches, que han vencido a los caballos y a las bicicletas, se suben a las aceras, porque ahora tenemos aceras, a atropellar ancianos. También que en las fresas se posan plagas de insectos, que ya no aparecen las liebres ni se siente el olor a hierba en la brisa, como tampoco regresa el gesto hilado de la siega ni los mechones de las zarzas que señalaban arroyo. Por si no bastase, decide el humo por el heno, los negros antracita por la caricia sutil de las flores y el canto de los grillos es un labio cerrado para siempre.

Un labio cerrado para siempre”.

La noche, la noche con su rosal de estrellas abierto tropezaba con envidiosa insistencia en los ojos de Andrés Cariseda, fijos en aquella libreta arrugada, tan llena de inconfesada devoción, cuyas hojas eran conducidas por una letra tan redonda como encendida. Éste esbozó una sonrisa, tal vez de ligera e indescifrable añoranza y se dispuso a regresar. La tierra esa noche ya no alimentaba como otrora nabos, alcacer, maíces, uvas; los jilgueros, reclamados por una oscuridad tierna y gigante hacía rato que se habían recogido; en el reloj de la Plaza sonaban las diez. Sin prisa, ligeramente apoyado en una vara de fresno ancarés, con su inseparable Leuka bañada en un blanco sigilo descendió hacia al pueblo, barnizado por suaves chubascos. En su mente proseguían instaladas aún las últimas líneas que aquella libreta, como desde el subterráneo de una mina ya abandonada, le había entregado:

“Cruzaban los aires bandadas de palomas torcaces con vuelo veloz y sereno al mismo tiempo; las pomposas oropéndolas y los vistosos gayos revoloteaban entre los árboles, y pintadas y jilgueros y desvergonzados gorriones se columpiaban en las zarzas de los setos”.